

## Homilía del Sr. Arzobispo Agustín García-Gasco en la Misa de Acción de Gracias de los Mártires Españoles

Roma – Lunes, 12 de marzo de 2001

1. *Te Deum laudamus, Te Dominum cofitemur te martyrum candidatus laudat exercitus* (A Ti, oh Dios, te alabamos, a Ti, Señor, te reconocemos a Ti te ensalza el blanco ejército de los mártires).

Estas palabras tomadas del himno litúrgico con el que la Iglesia festeja los grandes momentos, expresan muy bien este intenso y emocionante momento de oración: la Eucaristía con la que agradecemos a Dios, dueño de los designios de la historia, la beatificación de José Aparicio Sanz y 232 compañeros mártires.

El inmenso gozo espiritual que sentimos, en parte animado por la cercanía a estos beatos mártires, nos hace exclamar llenos de júbilo: *Te Deum laudamus*.

En nuestra alabanza no estamos solos. Con nosotros oran hoy muchas personas que comparten nuestro gozo, pero sobre todo sabemos que con nosotros está mística pero realmente unido, "el blanco ejército de los mártires". Esta celebración es reflejo de la liturgia que incesantemente se celebra en el cielo, delante del Trono y del Cordero, donde los vencedores de la gran tribulación proclaman: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los Ejércitos. Así pues, con ellos y animados por su ejemplo, también nosotros decimos: *Te Deum laudamus* (A Ti, oh Dios, te alabamos).

2. Saludo con afecto y gratitud al Eminentísimo Señor Cardenal Ricardo María Carles, que ha querido acompañarnos en esta solemne liturgia de acción de gracias.

Saludo, también, con afecto a mis hermanos en el Episcopado, pastores y guías de diversas Iglesias particulares de España que dieron las aguas bautismales a los nuevos Beatos. Con vosotros, comparto la alegría de ver cómo nuestras diócesis han dado muestras de fidelidad a la Buena Nueva de Jesucristo, engendrando a la fe y alimentando el crecimiento espiritual de estos hermanos nuestros que sellaron con su sangre la adhesión a Cristo y a su Iglesia. No hay prueba de amor a Dios más grande que dar la vida por su Hijo, Jesucristo.

También os saludo queridos sacerdotes, colaboradores nuestros en el ejercicio del ministerio apostólico a favor de las comunidades cristianas, herederas de tantos ejemplos que son honor de la Iglesia y aliciente para el futuro.

Una palabra afectuosa también para los religiosos y religiosas de las Congregaciones a las que pertenecen muchos de los nuevos Beatos. Su testimonio enriquece vuestro carisma y os alienta a imitarlos en vuestra consagración cotidiana al Señor.

Saludo, también, a todos vosotros, fieles laicos de las diversas diócesis relacionadas con los mártires, familiares, amigos, convecinos. A todos os digo con san Pablo: fijaos en el desenlace de su vida e imitad su fe (*Heb 3, 8*).

Me complace dirigir también un saludo deferente a las autoridades civiles, que con su presencia en Roma en estos días expresan el sentimiento popular de reconocimiento y admiración hacia estas personas que la Iglesia propone a la consideración de los hombres y mujeres de hoy.

3. Para todos nosotros es motivo de inmensa emoción celebrar esta Santa Misa reunidos junto la tumba de san Pedro, en la confesión que recuerda su martirio. Aquí, sobre la memoria del Apóstol Pedro, en esta basílica que el paso de los siglos ha embellecido hasta ofrecer su maravilloso estado actual, vienen a la memoria las palabras del Señor Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (*Mt 16,8*).

Este y otros monumentos y ruinas de la antigua Roma nos hablan de los sufrimientos y de las persecuciones soportadas con fortaleza heroica por nuestros padres en la fe, los cristianos de las primeras generaciones, que nos recuerdan las palabras de Tertuliano: Sangre de mártires, semilla de cristianos (*Apol. 50, 13: CCL, 1.171*).

Pero la experiencia de los mártires no es característica sólo de la Iglesia de los primeros tiempos. Por lo que se refiere a España, son muchos los que a lo largo del siglo XX han pagado su amor a Cristo, derramando también la sangre.

Unos versos del poeta inglés Thomas Eliot dicen: Donde ha vivido un santo, donde un mártir ha derramado su sangre por Cristo, el suelo es santo y esa cualidad no la pierde nunca.

Estas palabras nos recuerdan la santidad de ciertos lugares y pienso que se aplican muy bien a algunos rincones de nuestra geografía valenciana. Al lado de ellos, las tumbas de los mártires, renovadas con ocasión de la exhumación de sus venerados restos con vistas a esta beatificación, se convierten en lugares de gracia que nos recordarán para siempre su glorioso testimonio.

4. El evangelio proclamado en esta celebración nos ha presentado a Jesús subiendo a Jerusalén para la Fiestas de las Tiendas (*cf. Jn 7,11b-19*). Él sabe que allí será, cuando

llegue la hora, el lugar de su glorificación a través de la muerte; los judíos le buscan y él no se echa atrás ni se esconde.

Cuántos hermanos y hermanas nuestros, los mártires beatificados ayer, eran conscientes de que su testimonio pasaba por la muerte martirial, y, por eso, al ser buscados por sus perseguidores, ni se echaron atrás ni se escondieron, sino que confesaron abierta y públicamente, sin reservas y con gallardía, su condición de sacerdotes, de religiosos, de fieles cristianos laicos.

Siguieron así las huellas del rey crucificado, al que lanzaban sus últimos y más fervorosos "vivas" en el supremo momento de la inmolación, no sin antes haber perdonado, como Cristo, a sus verdugos.

Se unían así al blanco ejército de los mártires, a los testigos valientes del Evangelio y servidores silenciosos del Reino, que les han precedido en los siglos pasados, entrando así a entonar para siempre el canto nuevo al Cordero inmaculado (*cf. Ap2 1, 27*).

5. El recuerdo de estos mártires es una herencia que no se debe perder y que se ha de transmitir como un perenne deber de gratitud que suscita un renovado propósito de imitación (*Juan Pablo II, NMI, 7*).

Que permanezca viva su memoria, que se transmita, que se custodie como un tesoro de gran valor y sea levadura para la nueva evangelización.

Sufrieron formas de persecución antiguas y nuevas, experimentaron el odio y la exclusión, la violencia y el asesinato. Su fidelidad al Evangelio se pagó con un precio muy alto.

Los nombres de algunos fueron manchados por sus perseguidores, que añadieron al martirio la ignominia. Otros fueron ocultados por sus verdugos (*cf. Juan Pablo II, Homilía en la conmemoración de los mártires del siglo XX, 7-V-2000*). Sin embargo, en mis visitas a las parroquias de nuestra Archidiócesis, he podido comprobar que los cristianos conservan el recuerdo de gran parte de ellos.

El grupo de mártires beatificado ayer es un gran cuadro de la vida de la Iglesia. En efecto, forman parte del mismo sacerdotes, religiosos y religiosas, fieles cristianos laicos. Aunados por el sufrimiento en odio a la fe, proclaman al mundo de forma elocuente cómo "el amor es más fuerte que la muerte". No apostataron de la fe, a pesar de las provocaciones, ni se doblegaron ante los ídolos que les ofrecían si renunciaban a sus convicciones religiosas.

Los sacerdotes murieron, siguiendo el ejemplo del Buen Pastor, porque quisieron permanecer junto a sus fieles a pesar de las amenazas, prefiriendo dejarse matar antes que renunciar a la propia misión; los religiosos y religiosas vivieron su consagración hasta el derramamiento de la sangre; los laicos, hombres y mujeres, supieron ofrecer su vida como testimonio de su fe en Jesucristo.

Queridos sacerdotes: haced de la vida y de la muerte de nuestros hermanos sacerdotes mártires fuente de inspiración para el ejercicio cotidiano de vuestro ministerio; recordad su entrega a la catequesis, su atención generosa a los pobres, enfermos y necesitados, su celo por la salvación de las almas, pero, sobre todo, su profunda espiritualidad. Conmueve su fidelidad a la celebración de la Eucaristía y su firme y admirable devoción a la Virgen, recurriendo al rezo del santo rosario en los momentos más difíciles.

Amados religiosos: Sabéis bien que vuestra consagración a Cristo ha de inspirar coherentemente todos los momentos de vuestra existencia. Por eso, el ejemplo de vuestros hermanos es, sin duda, de aliento para vivir con plenitud y renovado entusiasmo vuestra vida religiosa al servicio de la Iglesia.

Queridos fieles cristianos laicos: Alegraos con la beatificación de hombres y mujeres como vosotros, de vuestras familias, de vuestros pueblos, de vuestros ambientes. Si su muerte humanamente causa horror y tristeza, nos llena de júbilo conocer su ejemplar vida de fe. En ellos encontraréis abundantes inspiraciones para llevar adelante vuestra vida como creyentes comprometidos con Dios y con la sociedad, de la que formamos parte y a la que, desde los criterios del Evangelio, habéis de servir.

6. "No hay amor más grande que dar la vida" (*Jn 15,13*). Los Beatos José Aparicio Sanz y compañeros mártires nos enseñan a no anteponer el propio interés, el propio bienestar y la propia supervivencia a la fidelidad al Evangelio. Ellos supieron oponerse al mal, "haciendo de la fragilidad el propio testimonio".

Nos legan, pues, queridos hermanos y hermanas, una preciosa herencia, que es la adhesión a la Cruz como camino hacia la Pascua. Esta herencia nos enriquece y sostiene al iniciar este nuevo siglo y este nuevo milenio. Reconocer su martirio era un deber de justicia para con ellos.

Como Arzobispo de Valencia, en nombre propio y de toda la Archidiócesis, doy gracias al Señor por el testimonio de los mártires que ayer fueron beatificados. Ahora nos corresponde seguir su ejemplo en la misión de anunciar valientemente a Cristo, en nuestra querida tierra valenciana.

Asimismo, agradezco vivamente al Santo Padre que haya propuesto a estos hermanos nuestros al reconocimiento de toda la Iglesia. Nos sentimos honrados y, a la vez, comprometidos eclesialmente por su ministerio de comunión en la caridad, significado en la celebración Eucarística en tomo a este altar de la Confesión. Desde aquí, en nombre de todos los cristianos que peregrinamos en Valencia, renuevo el deseo de fidelidad de nuestra Iglesia particular y expreso al Santo Padre nuestra lealtad y reconocimiento a su magisterio universal.

Toda la Iglesia de Valencia está hoy presente en este lugar, no sólo por los peregrinos que os habéis desplazado hasta aquí, sino porque todas las comunidades cristianas de la Archidiócesis participan con nosotros en la única comunión y testimonio de Cristo que nuestros mártires confirman.

7. La Santísima Virgen María es invocada también Regina Martyrum (*Reina de los Mártires*). Una espada atravesó su corazón, como le profetizó el anciano Simeón en el Templo de Jerusalén, cuando al pie de la Cruz fue testigo privilegiado de los sufrimientos de Jesús, su divino hijo. Ella fue consuelo de los mártires en la tribulación. Que con su ayuda materna, que no nos ha de faltar, nosotros, animados por el ejemplo de esos testigos, vivamos con su mismo valor nuestro amor por Cristo, el mismo ayer, hoy y siempre (*cf. Heb 12, 1-2*).

Grandes maravillas ha hecho el Señor por nosotros.

Beato José Aparicio Sanz y compañeros mártires, rogad por nosotros.